



*La
decisión*

Miquel A. Lopezosa

LA DECISIÓN

Miquel Àngel Lopezosa

Queda rigurosamente prohibida, sin la autorización escrita del titular del *copyright*, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción parcial o total de esta obra por cualquier medio o procedimiento, incluidos la reproducción reprográfica y el tratamiento informático.

Copyright © 2018 por Miquel Àngel Lopezosa Criado.

Edición y maquetación: Miquel Àngel Lopezosa.

Diseño de la cubierta: Miquel Àngel Lopezosa.

Registrada en Safe Creative con código: 1710304678919

Todos los derechos reservados.

www.malopezosa.com

LA DECISIÓN

Miquel Àngel Lopezosa

No te fíes de las apariencias...

NOTA DEL AUTOR

Para aquellos que alguna vez tuvieron la tentación de ser inmortales.

En este mundo de locos todo tiene un precio y hasta los más infames anhelos pueden hacerse un día realidad. Sin embargo, no es oro todo lo que reluce, sobre todo, si está envuelto en tinieblas y tiene una presencia angelical. Ella te seducirá con su dulce mirada y ahondará en lo más profundo de tu ser para conocer todos tus secretos antes de dictar una sentencia. Pero sea cual sea su veredicto tú perderás. Te matará o te convertirá en el más sanguinario de los asesinos y en el más sumiso de sus siervos. Siempre encadenado a ella, atado a una eterna vida de oscuridad. Y la eternidad, amigo, es muy, pero que muy larga...

Así que, cuídate mucho de lo que desees, pues la noche alberga horrores y nunca sabes quién te puede asaltar.

Carpe Diem!

La decisión

de Miquel Àngel Lopezosa

Las cosas que tienen que pasar, sean buenas o malas, pasarán. Y en mi caso, cuando deseo que pase algo, para bien o para mal, siempre suele pasar. ¡Hola! Me llamo Rebeca.

Desde la infancia he sentido fascinación por la muerte o, mejor dicho, por lo que hay después de morir. Ya sé que no debo ser la única que tiene esas inquietudes, pero lo que no es tan habitual es que alguien tenga la absoluta certeza de que la muerte no es el final. Y si ahora os menciono a los vampiros y a otros engendros inmortales de la noche, seguro que sabéis a lo que me refiero.

Esa es la razón por la que he sido, soy y seré una ávida lectora de novelas de terror, aunque a mí “más que miedo” me despiertan una profunda seducción. ¿Quién no ha sentido alguna vez el deseo de ser mordido por un vampiro? ¿O poseer el carácter indómito de los licántropos y convertirse en lobo las noches de luna llena?

Pero ¡si esos seres no existen!, os diréis. Y yo os preguntaré: ¿Podéis estar seguros de ello? ¿Y si estáis equivocados? ¿Y si resulta que lo que narran las novelas no dista mucho de la realidad? Pensadlo... ¿Qué pasaría si un día descubris que el mito es real y un no muerto os ofrece la inmortalidad? ¿Cuál sería vuestra decisión? Y ¡no seáis hipócritas! Yo lo tengo claro... Ser inmortal es mi mayor anhelo. Y ese deseo se convirtió en obsesión cuando conocí a Robert. ¿Y quién es él? Si seguís leyendo, lo sabréis.

Como una buena soñadora, tétrica y romántica, siempre me ha gustado pasear por las intransitadas calles de la ciudad en las tardes de invierno, en especial, en las de lluvia. ¿Y por qué? Porque disfrutaba de todas aquellas situaciones que a cualquier mojigata le habrían hecho palidecer de pavor.

Pero también, y ahí va mi secreto, porque estaba convencida de que un día encontraría mi destino en alguno de mis largos paseos.

Me divertía perseguir siniestras sombras por las callejuelas más oscuras y merodear por los antiguos muelles de la ciudad, deambulando por sus sucias calles repletas de burdeles, rancios neones y olor a orín. En aquellos ambientes decadentes y tenebrosos me sentía libre de prejuicios y era feliz. Y os preguntaréis: ¿no tenías miedo de que pudiera sucederte algo malo? Lo cierto es que mi versión del bien o del mal la tengo bastante distorsionada, sobre todo, desde que descubrí que tenía el don de pasar totalmente inadvertida para los demás. Pero además, asumía con gusto ese riesgo con tal de ver algún día mi sueño hecho realidad. Pero toda historia tiene un inicio y la mía comenzó una tarde de grises, púrpuras y negros en casa de mi amiga Anna.

Como solía pasar cada vez que iba a su ático a ver una peli de miedo, nos pasamos toda la tarde charlando en la buhardilla de altos ventanales con vistas a la catedral. Anna es una chica totalmente opuesta a mí, y no solo porque tenga pinta de niña pija, con sus largos tirabuzones rubios, derramándose como lluvia por los hombros, y una angelical mirada azul. Me refiero a que es una miedica y se comporta de una forma histérica e irracional cuando está expuesta al miedo, aunque siente una enfermiza atracción por él. ¿Cómo os lo explicaría...? ¡Es adicta al terror! Ha llorado, gritado e, incluso, se ha desgarrado con las uñas la piel escuchando mis historias de terror y en algunas de nuestras aventuras buscando emociones fuertes. Pero aquella tarde fue diferente a todas las demás. Tenía una historia para Anna que, seguro, no le iba a defraudar.

La ciudad tenía un aspecto más deprimente que de costumbre, con el cielo totalmente encapotado y una temperatura tan gélida que había dejado desiertas las calles del casco antiguo. Nuestra primera intención era subir al altillo a ver en su *home cinema* la primera cinta de la saga *Underworld*, la favorita de Anna, aprovechando que sus padres se habían ido a pasar el fin de semana fuera de casa. Pero la tormenta eléctrica se encargó de dejar a oscuras al barrio y no nos quedó más remedio que pasar la tarde contándonos historias de miedo a la luz de las velas. Ya era casi de noche, después de

haber hecho un tentempié, cuando Anna me preguntó:

—Anda, ¡cuéntame cuál ha sido tu última locura!

—No sé de qué me estás hablando —dije, fingiendo que miraba por la ventana, mientras le daba un mordisquito a una onza de chocolate.

—¡No puedes engañarme, Rebeca! Tus ojos me están diciendo que me ocultas algo. —No pude evitar sonreír—. ¡Ves, lo sabía! Pero ¿a qué viene tanto misterio...? ¡Cuéntamelo!

—Es demasiado fuerte, pero... —comenté mientras relamía el cacao que se me había adherido a los labios—, ¿por qué no?

Nos sentamos de rodillas en la alfombra que había al lado de los ventanales y bajo la tenue luz de una vela le expliqué lo que me había sucedido la noche anterior. A Anna le encantaba que le relatase al detalle mis paseos nocturnos por la ciudad, pese a que lo pasaba fatal cuando le explicaba las situaciones en las que me había visto envuelta, y alucinó cuando le conté que aquella noche había descubierto la iglesia de los adeptos de Lucifer.

—¡Joder, tía! ¿Y tuviste valor de entrar en ese lugar? —me preguntó mordiéndose las uñas.

—Sabes que sí —dije esbozando una sonrisa—. En cuanto vi a aquel grupo de chicos, vestidos de negro, con sus impecables capas forradas de rojo y una tez tan blanca que parecía que jamás hubieran visto la luz del sol, no me lo pensé dos veces y los seguí por las callejas de la ciudad hasta que se metieron en un portal. El lugar de culto era un edificio muy antiguo, pero bien conservado, que no se encuentra muy lejos de aquí. Los adeptos subieron por una escalinata de mármol blanco y recorrieron un largo pasillo, iluminado por las antorchas que pendían de la pared, hasta que llegaron a un gran salón en el que había más de una docena de altas columnas sosteniendo sus techos abovedados. Era una sala oval, sin ventanas y recubierta, en sendos costados, por unas tribunas donde estaban sentados unos siniestros seres, vestidos con unas túnicas negras y totalmente encapuchados, que murmuraban en perfecta sintonía unos ininteligibles versos que me

arrancaron un escalofrío —comenté viendo cómo se le constreñía el semblante a mi amiga—. Los chicos se agruparon en mitad de la estancia, formando una fila perfectamente alineada, y se quedaron mirando hacia un estrado que había al fondo del salón. Algunos no podían simular su nerviosismo y miraban de reojo y atemorizados hacia los lados. En cambio, yo estaba emocionadísima esperando ver qué sucedería en aquel lugar. Tenía toda la pinta de que estaba a punto de iniciarse un ritual de iniciación, cosa que se confirmó cuando los adeptos entonaron a viva voz: “*¡La noche es mi mundo, la sangre mi néctar, la muerte mi vida y Lucifer mi Dios! ¡Hemos venido a ofrecer nuestras almas para formar parte de los escogidos, los hijos de la noche, los herederos de Satán!*”. Las voces cesaron y la sala se quedó totalmente en silencio.

—¿Y estuviste presente en la ceremonia? —me preguntó Anna, a la vez que se arrancaba a mordiscos los padrastrós de los dedos.

Me acerqué a la vela, para que me viera bien la cara, y le susurré:

—Sí... Y le conocí a él.

Anna pegó un bote y se levantó del suelo tapándose la cara con las manos. Luego enredó los pliegues de su falda entre las piernas y volvió a sentarse de rodillas en la alfombra.

—¿¡Dices que conociste a Lucifer!?! —exclamó horrorizada.

No pude contener la risa, cosa que no hizo más que alterar el histerismo de mi amiga.

—Pues ¡claro que no, tonta! —le confesé aplacando la risa—. Él se llama... —dije manteniendo el suspense—, Robert.

—¿¡Un chico!?! —gritó con los ojos encendidos—. ¡Cuéntamelo todo, Rebeca! ¿Es guapo? ¿Alto? ¿De qué color tiene los ojos...?

—Calma, calma... Si dejas de hacerme preguntas te lo contaré. Ven aquí y siéntate a mi lado —le advertí con un gesto.

«A los pocos minutos, se abrió una puerta que había al fondo de la sala y aparecieron dos hombres: uno de mediana edad, muy alto, de complexión fuerte y pelo cano, y el otro bastante más joven, de menor estatura, más delgado y que transmitía una sensualidad que me erizó todo el vello de la piel. Ambos vestían de traje oscuro y llevaban unas capas azul marino que tenían estrellas de cinco puntas bordadas con hilo de oro y plata. En cuanto aparecieron, la sala se quedó tan silenciosa que casi se me corta la respiración. El hombre de cabello gris alzó la mano y los adeptos ocultaron sus cabezas bajo los capuchones de la capa.

—¡Escuchad a vuestro maestro! —Su voz era tan penetrante que se me coló hasta la boca del estómago haciéndome estremecer—. Habéis venido aquí libremente y sabéis que cuando hayáis tomado los votos tendréis que renunciar a vuestro pasado. Pero antes deberéis afrontar una prueba que la mayoría de vosotros no superaréis. Y una vez entréis a formar parte de nuestra familia nos unirá un vínculo de sangre que jamás se romperá —anunció haciendo una pausa—. Descubríos las cabezas y contestad a esta pregunta. ¿Aceptáis formar parte de los hijos de Lucifer?

»Se escuchó un estruendoso y seco: “¡Sí!”, que me heló la sangre. Y acto seguido le hizo un gesto al joven que le acompañaba y este comenzó a desfilar entre los adeptos observándolos, uno a uno, hasta que llegó al final de la fila. Fue entonces cuando, contra todo pronóstico, fijó sus ojos verdes en mí y sentí cómo se me encogía el alma durante los segundos en que su mirada no se despegó de la mía».

En aquel momento tuve que hacer un alto en el relato para reponerme de la impresión que me había causado nuestro primer encuentro.

—Pero ¿qué pasó, Rebeca? ¡No puedes dejarme así!

La voz de Anna me sacó de aquel inolvidable recuerdo y proseguí la narración.

«Estaba tan desconcertada viendo cómo se alejaba de mí, que tuve que pellizcarme en el brazo para asegurarme de que no había sido un sueño. La potente voz del maestro de ceremonias volvió a conectarme con la realidad.

—¡Ha llegado la hora que estabais esperando! —proclamó alzando ambos brazos—. No cedáis ante el miedo y pensad que la muerte es solo el comienzo. Si alguno de vosotros quiere dar marcha atrás..., ¡este es el momento de hacerlo!

»El joven interrumpió el discurso del maestro para susurrarle algo al oído. Este alzó la mirada y cuando fijó la vista en mí, sentí que una fuerza invisible tiraba de mi cuerpo y al instante me encontré delante de él. El maestro me observó con sus inquietantes ojos grises y no pude evitar quedarme inmovilizada sintiendo cómo me recorría un escalofrío desde la nuca al coxis. El chico de mirada esmeralda me tomó del brazo y me colocó a su lado. Casi me desmayo cuando me susurró: “*¡Bienvenida al infierno, Rebeca! Me llamo Robert*”».

—¡No me lo puedo creer, tía! —chilló Anna, totalmente histérica— Pero ¡no te quedes callada...! ¿Qué pasó después?

En ese momento cayó un relámpago que impactó en el pararrayos de la catedral levantando un reguero de chispas. Del susto, Anna dio un respingo y se me tiró encima, cayéndonos las dos para atrás. Nos dimos un buen coscorrón contra las patas de una mesita, pero al mirarnos nos pusimos a reír a carcajadas.

—Algún día me vas a matar con esos sustos —bromeé, todavía con Anna encima de mí—. ¡Venga!, échate a un lado que no me dejas respirar.

Me volví a sentar sobre las rodillas y al mirar por el ventanal me pareció ver una figura en lo alto del campanario. Me aparté el flequillo de los ojos para ver mejor, pero cuando fijé la vista ya no había nadie allí.

—¿Y cómo acabó esa historia, Rebeca? —me preguntó Anna, mientras se acurrucaba en la alfombra.

Coloqué mis mechones de pelo detrás de las orejas y continué con la narración.

«Todo sucedió muy deprisa. El maestro del ritual ordenó a los adeptos que se quitaran la capa y luego les hizo un gesto a los seres que estaban sentados en la tribuna. Estos se levantaron y se acercaron al grupo, rodeándolo. Sentí cómo me burbujeaban los nervios en la boca del estómago al ver las desencajadas caras que ponían los adeptos mirando con nerviosismo a su alrededor. Y casi me caigo desplomada al suelo cuando sentí la gélida mano de Robert apoyada sobre mi hombro susurrándome: “*El espectáculo está a punto de comenzar*”.

»Los seres de negro se quitaron las capuchas, dejando a la vista sus horrendos rostros de afilados colmillos sobresaliendo de sus cianóticos labios, y los adeptos empezaron a gritar despavoridos, dándose empujones para intentar huir de aquel horrendo aquelarre. Pero no tenían escapatoria. Los vampiros saltaron sobre el cuello de los primeros de una forma feroz. La sangre brotaba a borbotones, tiñendo de rojo el suelo, al tiempo que una horrible cacofonía, producida por sus alaridos y el crujido de la carne desgarrada a mordiscos, penetraba en mis oídos como crueles puñales dejando una marca que quedará grabada para siempre en mi memoria. ¡Pero allí estaba yo! Envidiando el destino de aquellos elegidos mientras *ellos* contemplaban con una obscena sonrisa aquel dantesco espectáculo.

»En unos minutos cesaron los gritos y el salón se quedó sumido en el más absoluto de los silencios. Los cuerpos inertes se amontonaban, unos sobre otros, formando una espeluznante torre de Babel, pero no sentí lástima por ellos. Miré a Robert y este sonrió mostrándome sus aguzados colmillos. Luego me tomó entre sus brazos y me miró fijamente con sus salvajes ojos. Estaba tan excitada, que tuve que concentrarme para paladear cada instante de aquel momento. Finalmente entreabrí los labios y cerré los ojos preparándome para recibir su beso eterno».

—¡¿Qué...?! ¡¿Cómo...?! —exclamó Anna, con los ojos desorbitados—. No, no... ¡Eso que me has contado no puede ser cierto, Rebeca...! Es solo una de esas historias que me cuentas para que me cague de miedo, ¿verdad?

—No es ninguna invención, Anna —dije mirando de reojo hacia el campanario de la catedral—. ¡Por fin encontré lo que siempre había estado buscando!

—¡Júralo! —profirió aferrándose a mis manos.

—Sabes que no bromearía con algo así.

Anna estaba pálida, como nunca la había visto. Permaneció con la mirada perdida y en silencio durante un buen rato.

—Entonces... —dijo con un hilo de voz.

—Anna. Déjame que te cuente el final —añadí rodeándola entre mis brazos.

«Sus labios estaban helados cuando los posó sobre mi piel, pero no sucedió lo que yo estaba esperando. Desconcertada, abrí los ojos y vi que Robert me miraba extrañado.

—¿En esto es en lo que te quieres convertir? —me preguntó, atravesándome con una mirada que cortaba como cristales.

—No entiendo... Yo...

—¿Quieres ser una asesina, Rebeca? ¿Es eso lo que anhelas? —voceó, alzándose su eco por la sala.

»Miré a mi alrededor pero ya no había nadie allí. Los asientos de las tribunas estaban vacíos y el hombre que acompañaba a Robert había desaparecido. Solo quedaba el océano de sangre en el suelo como mudo testigo de lo que había sucedido en aquel lugar.

—¿Entonces..., todos esos chicos han venido aquí para convertirse en vampiros? —musité sin atreverme a mirarle a los ojos.

—Sí, todos ellos han venido buscando una falsa ilusión, a sabiendas de

que la mayoría no lo conseguiría —atajó secamente.

—¿Y por qué los juzgas tan severamente?

—Porque ellos tuvieron la elección de hacerlo. En cambio yo...

Sus ojos, por un momento, tomaron una tonalidad natural.

—¿Cómo te convertiste en vampiro, Robert?

—Será mejor que te vayas de aquí —dijo separándose de mi lado.

—No puedo hacerlo. Me he pasado toda la vida buscando este lugar.

»El vampiro me miró frunciendo el ceño.

—¿Deseas condenar tu alma para transformarte en un monstruo? —
Asentí con determinación—. ¿Estás dispuesta a arrebatarle la vida a una
persona para sobrevivir?

»Lo cierto es que nunca me había planteado esa cuestión moral. Pero en
aquel momento lo único que me preocupaba era fracasar en mi intención de
convertirme en una inmortal.

—¿Y dices que no todos conseguirán ser uno de los vuestros? —pensé en
voz alta.

—Ninguno de ellos sobrevivió —respondió, volviéndose a mostrar frío y
distante—. Pero no voy a engañarte. Casi nadie consigue hacerlo y así debe
ser. ¿Te imaginas lo que le sucedería al mundo si fuéramos más los que
morásemos en él?

—No...

—¡La extinción de mi especie! —me increpó con desaire—. Somos unos
insaciables asesinos y muy pocos neófitos son capaces de controlar su sed. Lo
único que nos mantiene a salvo de los humanos es el anonimato y si estos
llegaran a conocer nuestra existencia estaríamos condenados a desaparecer.
Ya no somos los seres más terribles que moran en la Tierra; hace tiempo que

ellos ocuparon ese lugar. Y con su tecnología podrían fabricar armas capaces de extinguirnos si llegásemos a convertirnos en una amenaza real —alegó cabizbajo.

—Pero ¡eso no ocurrirá! —interpelé—. ¡Jamás haría algo que pusiera en riesgo a tu especie! Que te pusiera en riesgo a ti...

»Robert esbozó una sonrisa, aunque al instante la aplacó.

—Nunca más verás la luz del sol ni a tu familia. Tendrás que renunciar a tener una vida normal y olvidarte de tu pasado, pues tu vida comenzará en el momento en que te conviertas en una criatura de la noche —me advirtió seriamente—. Rebeca, no tienes ni idea de lo que conlleva nuestra maldición.

—Ayúdame a entenderlo —dije tomando su helada mano.

—¡Acompáñame! —terció mirándome con altivez.

»Salimos del salón y le seguí por el largo pasillo hasta que nos plantamos delante de una puerta cerrada. Esta, comunicaba con una angosta escalera de caracol que estaba iluminada únicamente por una antorcha que pendía de la pared. Robert cogió la tea y me hizo un gesto para que pasara delante de él. Al asomarme al hueco de la escalera comprobé que este comunicaba con un oscuro vacío y decidí bajar lentamente los escalones arrimada a la pared. Pero Robert me tomó del brazo y, antorcha en mano, comenzó a descender precipitadamente por los desgastados peldaños tirando de mí. El descenso se me hizo eterno, pero finalmente desembocamos en un amplio rellano que olía a aceite quemado y a incienso. Aquella estancia circular me pareció inmensa y comunicaba con cinco puertas, de las que solo una estaba abierta. Atravesamos el umbral y discurrimos un largo pasillo hasta que nos cerró el paso una portezuela de hierro. Hacía mucho frío allí abajo y había un fuerte olor a humedad. Pero cuando Robert abrió la puerta y me hizo pasar a un salón repleto de sarcófagos, me olvidé de todo.

»Aquel lugar era, sin duda, muy antiguo. La cripta estaba excavada en la roca y el agua que se filtraba por el techo, se deslizaba por las paredes desapareciendo por varios agujeros que hacían de sumideros. En los muros laterales se amontonaban unos sepulcros sembrados de moho, en los que la

piedra estaba tan desgastada que apenas podía leerse las inscripciones de las lápidas. Y algunos estaban tan deteriorados que parecía que se iban a derrumbar con tan solo tocarlos. Robert avanzó un par de pasos y dio media vuelta, quedándose con los brazos extendidos.

—Este lugar es el origen de mi raza. ¡Aquí se creó el primer inmortal! — comentó con orgullo. Miré boquiabierto a mi alrededor, sin saber qué decir—. Mi padre fue el primer vampiro y él tampoco tuvo elección. Fue discípulo de Jesús de Nazaret y su traición fue también su condena. ¿Conoces la historia de Judas Iscariote, verdad? —Intenté contestar, pero tan solo pude tragar saliva—. Después de la muerte del Mesías, los remordimientos empujaron a mi padre a secuestrar su cuerpo del santo sepulcro y huir con su familia lejos de Jerusalén. Recorrimos toda Europa y nuestro periplo concluyó cuando llegamos aquí una noche de frío invierno en mitad de una tempestad. Este lugar era una cueva, situada en lo alto de una colina y alejada del mundo, el sitio perfecto para echar raíces y olvidar el pasado. Pero nadie puede escapar de *Él* —comentó mientras se dirigía hacia una tumba, que ocupaba el lugar central—. Ahí está enterrado Jesús —dijo con suma frialdad—, y recuerdo, como si fuera ayer, el día en que mi padre enterró el cuerpo incorrupto del Mesías en el hoyo que había excavado con sus propias manos y pidió que nos postráramos alrededor de la tumba para rezarle una oración. En mitad del rezo resonó un estruendo en la cueva y enmudecimos de pavor cuando se abrió el techo y de él emergió una luz, blanca y cegadora, que precedió a la aparición de una voz cruel. *“¡Acabas de cometer el peor de tus pecados, Judas! Perdoné tu traición, pues ese era tu destino. Pero no puedo perdonarte que profanaras el cuerpo de mi hijo y que lo hayas enterrado en tierra infiel. Por eso te condeno a vivir eternamente encadenado a tu traición y a tener que cometer los actos más atroces para sobrevivir. Tú serás mi antítesis en la Tierra, el primer No Muerto, y tu estirpe será el azote de los mortales, necios y orgullosos, como pena por haber asesinado al hijo de Dios. ¡Nunca más verás la luz del sol y tu alma quedará atrapada para siempre en las tinieblas! Y los primeros que caerán bajo tu maldición serán tu familia”*. —Robert no pudo retener una lágrima, que se deslizó por su mejilla hasta caer al suelo convirtiéndose en cenizas—. Mi padre le suplicó que no nos castigara a nosotros, pero Dios fue inclemente y nos condenó a vivir como asesinos.

—Pero entonces... ¡tú no tienes la culpa de ser como eres! —dije asiéndole la mano.

—¡Te vuelves a equivocar, Rebeca! —advirtió torciendo el gesto—. Disfruto causándole sufrimiento a los mortales antes de verles morir. Ellos tienen la culpa de que Dios me convirtiera en lo que soy. ¡Un ser sin escrúpulos! ¡Un asesino sin compasión! —subrayó con sus cristalinos ojos fulgurando—. Pero yo no pude escoger y tú aún estás a tiempo de salvar el alma de la condena eterna. ¡Matar es excitante, te lo aseguro! Y una vez que lo hayas probado... —anunció relamiéndose los labios—, ya no podrás dejar de hacerlo jamás. —Robert me acarició el rostro y, por un momento, su semblante fue amable—. Rebeca, por favor, no renuncies a tu vida para vivir esta mentira.

»Nadie podría hacerme cambiar de opinión, ¡ni él ni Dios! Yo había nacido para ser inmortal y estaba dispuesta a pagar cualquier precio.

—¡Quiero ser como tú! —le supliqué mostrándole mi cuello.

—¿Sabes que casi nadie lo consigue y aun así deseas continuar?

—¡Sí! Prefiero morir un millón de veces que vivir una vida vacía —aseveré apartando los mechones de pelo del cuello.

»Robert sonrió y sus colmillos brillaron reflejados por la luz de las antorchas mientras se acercaban lentamente a mi cuello. Sentí su gélido aliento aproximándose a mi piel y cómo latía la sangre en el interior de mis venas. Nunca antes me había sentido tan en paz conmigo misma. Pero algo le detuvo en el último momento, pues se me acercó al oído y me susurró: *“Serías la compañera perfecta, pero... lo siento, ¡no puedo hacerlo!”*».

Anna me observaba con ojos de búho.

—¡Uf, qué susto me has dado! —dijo ahogando un suspiro—. Pensé que tenía delante de mí a una vampira —comentó con una risa nerviosa—. Porque no te convirtió..., ¿verdad? —Negué con la cabeza—. ¿Y cómo acaba

la historia, Rebeca? ¿Por qué no pudo hacerlo Robert?

Un trueno anunció la llegada de la lluvia. Me levanté y me senté en el poyo que había debajo del ventanal para perseguir con la mirada las gotas de lluvia por el cristal. Anna se sentó a mi lado y apoyó la cabeza en el marco de la ventana.

—Es una triste historia, Anna... —dije mirándola fijamente a los ojos—. ¿Estás preparada para que te cuente el final?

Nunca había visto tan excitada a mi amiga, con sus iris azul cielo tan dilatados.

—Pues ¡claro que sí! —respondió agarrándome las manos.

—Entonces..., tendremos que salir de aquí —dije poniéndome de pie—. Ponte las botas, el abrigo y coge un paraguas.

La pobre estaba tan desconcertada que se quedó paralizada, sentada en el ventanal.

—¿Adónde quieres ir...? ¡Llueve a mares! —comentó con la voz entrecortada.

—¿Quieres saber el final de la historia? —Anna me miró dubitativa.

—No sé, Rebeca...

—No puedo obligarte a hacerlo —dije al tiempo que me ponía el anorak—. Es más, si te lo cuento deberás mantener el secreto toda la vida. ¿Podrás hacerlo, Anna?

La curiosidad pudo más que su miedo, como siempre.

—Sabes que sí —dijo mientras se ponía el abrigo.

—¡Bien! —dije agarrándola de la mano—. ¿Estás lista para vivir una experiencia inolvidable?

Sabía que ella no podía renunciar a aquella aventura; el miedo era su droga.

—Eres incorregible, Rebeca. ¡Algún día me matarás de un susto! — exclamó, a la vez que abandonábamos la buhardilla.

Cuando salimos a la calle caía un manto de lluvia. Cruzamos la avenida y corrimos hacia la catedral para ponernos a salvo de la tempestad. Durante el trayecto nos acompañó una sinfonía de rayos y truenos que parecían estar orquestando la banda sonora de una película de terror. El eco de nuestros precipitados pasos resonó como tambores cuando entramos en el templo. Nos detuvimos en seco y continuamos avanzando despacio por el pasillo central. Anna no pudo evitar persignarse cuando pasamos por el altar mayor y tuve que tirar de ella para obligarla a avanzar, camino de la sacristía.

—Esta vez te estás superando, Rebeca —me soltó, con la excitación pintada en la cara.

Pero se frenó en seco cuando abrí una puerta y tras ella apareció una escalera de caracol.

—¿No te irás a rajar ahora? —Anna me miró indecisa—. ¡Venga!, te reto a ver quién las baja antes.

Ella nunca renunciaba a un desafío y me empujó a un lado para ser la primera en bajar las escaleras. El descenso fue tan rápido que cuando llegamos al rellano nos tuvimos que apoyar de espaldas a la pared, con la respiración jadeante, para recuperarnos del mareo.

—No sabía que la catedral tuviera mazmorras. ¿Cómo las has descubierto? —me preguntó, mirando con curiosidad a su alrededor.

—Todas las tienen, tonta —añadí con un guiño—. ¿Seguimos? Ya queda poco para llegar.

Avanzamos lentamente por el frío corredor, Anna pegada a mí y aferrada a mi mano, hasta que nos detuvimos delante de un portal de madera. Podía

sentir los acelerados latidos del corazón de mi amiga y cómo se detuvieron cuando toqué con los nudillos en la puerta.

Se escucharon unos pasos acercándose y el chirriante ruido de un pasador. La puerta se abrió y apareció un chico, alto y bien parecido, de intensos ojos verdes.

—Anna, te presento a Robert.

Noté cómo se le iba agarrotando el cuerpo y vi cómo le resbalaba la orina por las piernas hasta rebotar sordamente en el suelo.

—Encantado de conocerte, Anna —dijo él mirándola con una sardónica sonrisa—. ¡Pasad! Os estábamos esperando.

Tiré del brazo de mi amiga y esta nos siguió, en silencio y con la cara desencajada. Robert nos guió por un laberíntico pasadizo hasta que llegamos a un salón en el que únicamente había un altar de granito negro.

—¿Qué... qué es este lugar? —preguntó Anna, a trompicones y con los ojos llorosos.

—El lugar dónde se hará realidad mi sueño —respondí sonriente.

—Me estás asustando, Rebeca... ¡Volvamos a casa! —me suplicó entre sollozos.

—¡No! —atajé mientras tiraba de ella arrastrándola hacia el altar.

—Más valdrá que no te resistas —le advirtió Robert sin contener la risa.

Anna estaba paralizada de terror y apenas opuso resistencia cuando la atamos, de pies y manos, con unas cuerdas de cuero que estaban sujetas a unas argollas del altar. Como siempre, sus llantos y las lesiones que le producían sus arañazos en la piel no hacían más que alimentar mi excitación.

—¿Por qué me haces esto? —me preguntó, llorando desconsolada.

Me acerqué y le susurré al oído:

—Todavía no he acabado de contarte la historia. Y debes saber el final.

«Nunca me había sentido tan frustrada, pero no me rendí. El destino no volvería a darme otra vez con la puerta en las narices.

—¡Mientes! No quieres convertirme porque no te lo permite tu ridícula moral de inmortal —le espeté.

—No es eso, Rebeca...

—¡¿Ah, no?! —repliqué—. Y entonces, ¿por qué no puedes hacerlo?

»Robert me miró seriamente y respondió:

—Porque... ya estás muerta.

»Aquella confesión me hizo retroceder mucho tiempo atrás, a aquella tarde en que te empeñaste en que hiciéramos algo realmente aterrador. No te bastaba con que te contara mis cuentos ni lo que me pasaba en mis paseos nocturnos. Querías que llevásemos al límite nuestra imaginación. Tuya fue la idea de ir al cementerio en plena noche y que entráramos en aquel mausoleo. Y también fue tuya la ocurrencia de robar los huesos de un difunto para hacer un estúpido ritual de invocación al diablo. Pero necesitabas llevar aquel juego al límite y por eso decidiste hacer el rito en la cripta subterránea.

—¡Vamos a hacer tu sueño realidad, Rebeca! —me dijiste con tu nerviosa sonrisita.

»Y yo, como siempre, no pude negarme a complacer tu necesidad de emociones fuertes y fui cómplice de aquella locura. Recuerdo tu jadeante y entrecortada respiración cuando dispusimos los huesos del difunto formando una estrella de cinco puntas, con la calavera en el centro. Y el brillo de tus ojos cuando me pediste que cogiera la cruz de hierro que había encima de una losa para colocarla invertida antes de iniciar la invocación. Admito que aquel juego me seducía tanto como a ti y que no dudé en encaramarme a la losa, aun cuando noté que esta se movía vencida por mi peso. Pero todo dejó de tener gracia cuando el monolito cedió y se desplomó sobre mí».

—¿Lo recuerdas, verdad?

Anna dejó de gimotear y me miró con ojos llorosos y suplicantes.

—Fue un accidente, Rebeca. Nunca quise que sufrieras ningún mal — musitó sin poder contener las lágrimas—. Además, solo tuviste heridas leves y te recuperaste pronto.

—¡Mientes! —le grité fuera de mí—. ¿Cómo querías que sobreviviera si me cayó encima una losa de más de una tonelada? ¿Cómo puedes decir que no me pasó nada si tú misma estuviste en mi entierro? —le solté mientras la zarandeaba—. Estoy muerta y... ¡todo fue por tu culpa!

—Pero ¿por qué me dices esas cosas tan horribles...? Tú eres real..., puedo verte..., tocarte..., ¡sentirte! —dijo entre sollozos.

Me apoyé en el altar y la miré con desdén.

—¡Te equivocas, lo que ves es tan solo mi espectro! —le escupí sin poder contener las lágrimas. Anna seguía negando con la cabeza—. Era tan grande tu sentimiento de culpa que te negaste a aceptar mi muerte y tu mente enferma se encargó de mantener con vida mi espíritu. Y me hiciste creer tu propia mentira condenándome a vivir una vida que no me correspondía. Por esa razón nadie me veía cuando caminaba por las calles o cuando llegaba a casa o en el instituto... Pero te empeñaste en fingir que todo seguía igual y yo seguí persiguiendo mis sueños sin saber que estos ya no estaban a mi alcance. ¡No me dejaste avanzar, Anna! Por tu culpa morí antes de tiempo, ¿lo entiendes!? —le recriminé mirándola con desprecio—. ¡Tú me robaste la vida! ¡Tú me robaste mi sueño!

—¡Eres real, Rebeca, me niego a creerte! —me gritó, con la voz desgarrada.

—¡Despierta ya, Anna! Ha llegado la hora de rendir cuentas... —advertí separándome de ella—. Acepta la realidad y también las consecuencias. Robert me enseñó el camino y hoy lo recorreremos, tú y yo.

Aparté la mirada para evitar que su suplicante mirada aplacase mi voluntad.

—¿Por qué me haces esto...? ¡Somos amigas! —dijo sollozando—. Yo..., te quería.

Sentí una punzada en el corazón que me hizo vacilar. Pero tenía que ser fuerte, aún tenía que desvelarle el final de la historia.

—Y yo también te quiero. Y por eso vas a formar parte de mi sueño —dije besándole en la frente—. A partir de hoy vamos a estar unidas para siempre y nada ni nadie nos separará —le susurré sin apartar la mirada de sus aterrados ojos.

—¿¡Qué vas a hacer?! —me gritó, cuando vio que me alejaba y me acurrucaba en los brazos de Robert—. Rebeca, ¡tengo miedo! ¡Para ya, no quiero seguir con este juego! —aulló al tiempo que las correas le desgarraban la piel en su vano intento de deshacerse de ellas.

En ese momento entró Judas en la cámara. En la mano portaba una antigua cruz de madera, la misma que había visto en la tumba de Jesús. Anna se quedó paralizada, mirándole con los ojos desorbitados y los puños cerrados.

—Te presento a mi padre —anunció Robert—. Él se encargará de realizar el ritual que convertirá tu cuerpo en inmortal.

Anna persiguió a Judas con su aterrorizada mirada y contorneó la cabeza para ver cómo incrustaba la cruz invertida en un soporte que había en el cabecal del altar. El apóstol extendió el brazo, dejándolo a la altura de su cara, y sacó una daga, con el filo en zigzag, que la hizo palidecer.

—¿¡Qué vais a hacerme!?! ¡Dejadme salir de aquí! —gritó tirando con fuerza de las correas, en un desesperado intento por huir de allí.

El primer inmortal cerró los ojos y empuñó la daga con decisión.

—“*Immortâle corpus recipiô anima*” —recitó, solemnemente, antes de

hacerse un corte en la muñeca. La sangre comenzó a brotar profusamente cayendo en la cara de Anna, que apretó los labios y giró la cabeza sin dejar de contorsionarse—. ¡Abre la boca y bebe el elixir de la vida eterna! —le ordenó Judas, con los ojos encendidos.

Ella intentó mantener los labios cerrados, pero una fuerza invisible la paralizó y le obligó a separarlos para que engullera un chorro de sangre. Anna sufrió un fuerte espasmo y ahogó un lastimero grito, en cuanto se vio liberada de la voluntad de Judas.

—La ponzoña hará pronto su efecto —me advirtió Robert—. Ocupa tu lugar y haz todo lo que te expliqué.

Me acerqué al altar y me subí en él quedándome a cuatro patas, justo encima de mi amiga. A Anna se le habían dilatado las pupilas y comenzó a retorcerse entre violentas sacudidas. «*No recuerdo que fuera tan doloroso morir*», pensé mientras me iba recostando sobre de ella.

—Es tu turno, hijo —le escuché decir a Judas.

Miré hacia un lado y vi a Robert acercándose lentamente al altar.

—Cuando estés preparada, déjate llevar y búscame con los sentidos. Yo te guiaré —me susurró mirándome con sus seductores ojos.

Estaba a punto de ser inmortal, pero antes me convertiría en una asesina. Mi alma necesitaba un huésped para que se pudiera realizar la conversión y Anna había sido la escogida. La energía de mi amiga se estaba apagando y con ella también la mía. Cada vez notaba mi cuerpo más ligero hasta que me sentí flotar. Cerré los ojos y me aferré al último aliento de Anna para poder vivir en ella por toda la eternidad. «*¿Y si no supero la prueba?*», pensé nada más tomar contacto con mi nuevo ser. En aquel momento me embargó el pánico, pero Robert penetró en mi mente y susurró: “*¡Ya estoy contigo, Rebeca, no debes temer!*”. Y el miedo desapareció.

Me relajé y me preparé para el gran momento. Percibí su aliento, que ya no me pareció tan gélido, y al instante sentí una punzada de dolor en el cuello. Un estallido de frenesí sacudió mi interior cuando nuestros sentidos se

fusionaron transformándose en uno solo. Podía sentir y pensar como Robert, y en ese momento supe que nuestras almas viajarían juntas hasta el final.

Ahora puedo afirmar que la muerte no puede ser más dulce. Como lo fue el beso con el que certificamos nuestro amor eterno, después de que nuestras inmortales miradas se cruzaran por primera vez.

—¿Cómo te encuentras? —me preguntó Robert entretanto me liberaba de las correas.

—Más viva que nunca —dije acariciándole el rostro—. Pero me siento extraña, como si tuviera un gran vacío en las entrañas... ¡Dios, qué hambre tengo!

Robert sonrió mientras me cogía en brazos.

—Pronto saciarás tu sed, Rebeca, y no solo de sangre... —comentó con ojos pícaros—. Pero antes tendrás que acostumbrarte a tus nuevos poderes y yo te ayudaré a hacerlo. Más me costará a mí tener que verte en el cuerpo de otra mujer.

—Pues entonces, cierra los ojos y bésame...

Me llamo Rebeca y soy una vampira. Pero estoy sedienta y mi instinto busca una presa con la que calmar mi ávido apetito. Así que, si una noche te encuentras con una muchacha bonita, de angelical mirada azul y que dice llamarse Anna, ten presente que será lo último que verás, pues tendrás ante ti a la más sanguinaria de las asesinas que viven bajo el amparo de la noche.

Pero antes de acabar con tu vida te haré una pregunta: “¿Te gustaría ser *inmortal*?”. Aunque deberás ser rápido en tu respuesta, pues solo te dejaré unos segundos para contestar. ¿Tendrás clara cuál será tu decisión final?

SOBRE EL AUTOR.



Miquel Àngel Lopezosa Criado, reside en Montornès del Vallès, Barcelona. Està casado y tiene dos hijos, Alexa y Gabriel. Trabaja de profesor de Formació Profesional (Ins La Ferreria, de Montcada i Reixac), como funcionario de carrera desde 2004, aunque lleva ejerciendo la profesión desde 1998. Cursó los estudios de Diplomado de enfermería en la Escola Universitària de la Vall d'Hebron (1992/95 - UAB) y el primer ciclo de Odontología, en la Facultat d'Odontologia de Bellvitge (1996/98 - UB). Anteriormente, también estudió hasta el ciclo medio de música (5º curso de acordeón, 5º de solfeo y 4º de piano) en el Conservatori Municipal de Música de Barcelona.

Otros libros y relatos publicados por el autor:

Crónicas de Gabriel. En búsqueda de la verdad, © 2017 2ª edición ilustrada. Amazon Kindle Direct Publishing.

Crónicas de Gabriel. Los hijos de la Luz, © 2018 1ª edición ilustrada. Amazon Kindle Direct Publishing.

La puerta. Un relato “Lovecraftiano”, © 2017 2ª edición ilustrada. Amazon Kindle Direct Publishing.

La llamada, © 2018. Relato de la antología de relatos del Círculo de Fantasía.

Más información sobre el autor en:

www.malopezosa.com

www.cronicasdegabriel.wordpress.com

Para cerrar el círculo que debe haber entre autor y lector no olvides dejar tu reseña en Amazon. ¡Muchísimas gracias!

Miembro del **CÍRCULO DE FANTASÍA.**



CÍRCULO DE
FANTASÍA